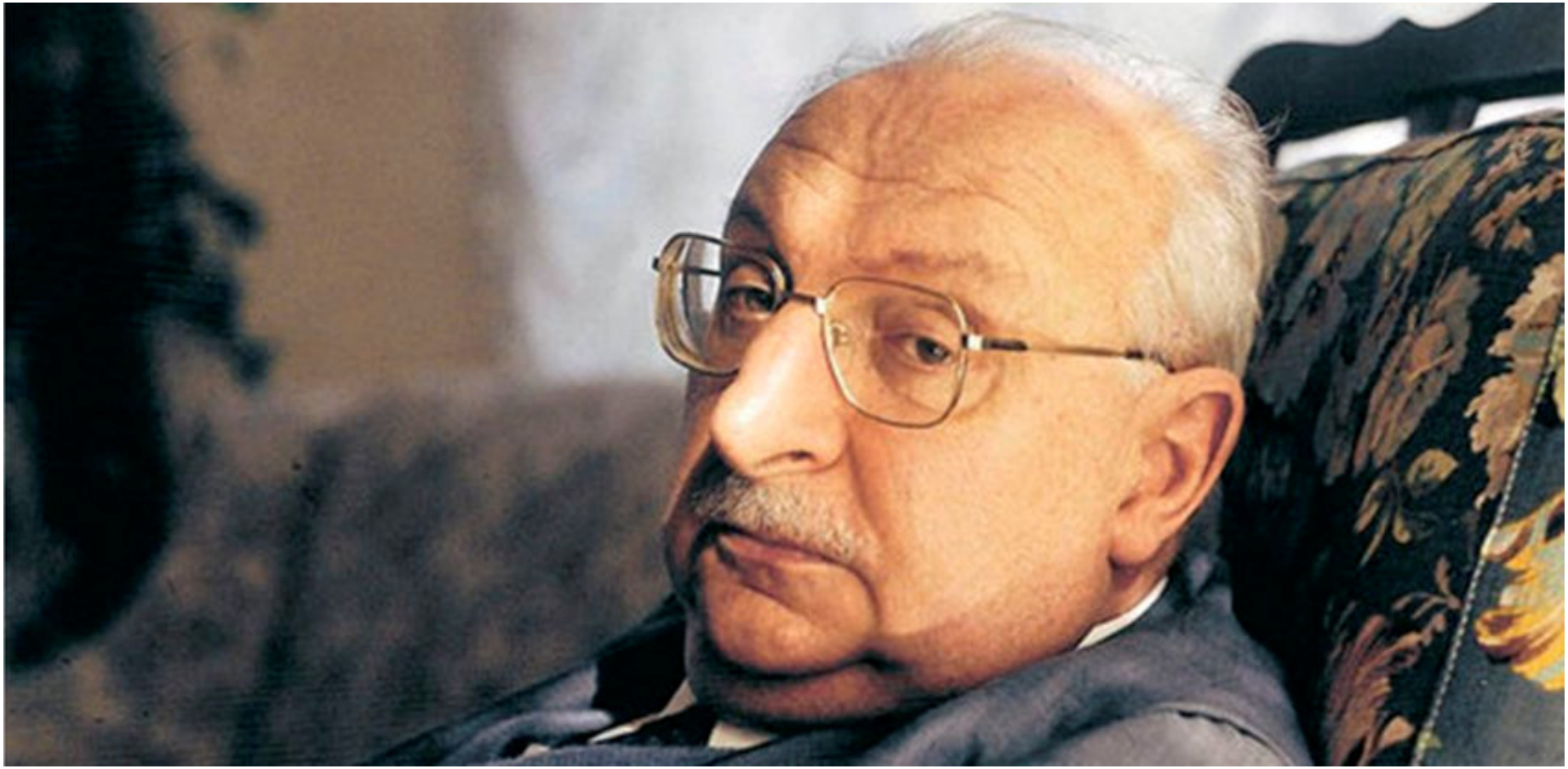
fundación
Ramón y Katia Acín

Giorgio Manganelli y su *Centuria* - 2



Por sugerencia de una lectora de estas series, incluimos una segunda entrega de narraciones incluidas en *Centuria,* del escritor italiano Giorgio Manganelli (Milán, 1922—Roma, 1990) e incluimos también algunas otras cortas narraciones suyas que deseamos sean de vuestro agrado.

CUARENTA Y SEIS

Giorgio Manganelli-*Centuria-Cien breves novelas-río* (1979). Ed. Anagrama, 1982 Traducción Joaquín Jordá. Pgs. 95-96

El fantasma está asomado, distraídamente, a la grande y ruinosa ventana del castillo; es de noche, y contempla las abruptas pendientes, los estrechos valles, dominados por las ruinas de su castillo. En su prolongada soledad, el fantasma se ha acostumbrado a sí mismo, y no piensa en abandonar las ruinas que habita ni en hablar con otros fantasmas. Durante mucho tiempo, la desazón de no encontrar otros seres de su misma raza le ha angustiado. Le hubiera gustado encontrar a un determinado fantasma, alguien que había conocido -pero entonces su memoria ya era confusa- mucho antes de que él fuera fantasma -pero ¿existía realmente un tiempo en el que no había sido fantasma?-. Repentinamente, en la profundidad del valle, descubre algo vaporoso, semejante a él, que avanza lentamente, con cautela, tal vez pensativo: y he aquí que otro débil resplandor se va acercando a lo largo de un sendero empinado y lejano.

El fantasma se pregunta si, al cabo de los siglos, acuden precisamente a su encuentro otros dos fantasmas; se pregunta por qué vienen a verle, quién les ha movido o aconsejado; y finalmente, si vienen juntos o por separado, si son amigos o enemigos entre sí. Por primera vez después de muchos años, el fantasma conoce la ansiedad y el dolor. ¿Quién puede tener tantas ganas de hablar con él? ¿Y de qué manera, gracias al amor o al odio, le han descubierto, recluido en su castillo? Finalmente, ¿por qué han ido a buscarle en una misma noche? ¿Es posible que uno de ellos sea el fantasma Enemigo, y el otro el fantasma Amigo? ¿Y a cuál de los dos quería realmente ver? ¿Prefería aclarar el error que había generado el fantasma Enemigo, o reanudar el discurso, infinitamente imposible de terminar, con el Amigo? Lentamente, los dos fantasmas se acercan. ¿No había tal vez, se pregunta el fantasma que espera, un tercer ser, ni amigo ni enemigo, un mediador, ya no recuerda nada, quién era el tercero, acaso murió desgarrado entre los que ahora son fantasmas, quizás no se convirtió en fantasma, o no será que el tercero es precisamente él? Es decir, ¿cabe pensar que esta noche puede recomponerse, si no ha entendido mal lo que consigue recordar, si sus esperanzas no le han engañado, aquel triple discurso que le consumió hasta provocar su muerte? El fantasma se pregunta si será cierto lo que le contaron cuando niño; un encuentro como éste, que él deseaba intensamente, consume blandamente a los fantasmas, los apaga.☐

OCHENTA Y UNO

Giorgio Manganelli-*Centuria-Cien breves novelas-río* (1979). Ed. Anagrama, 1982.Traducción Joaquín Jordá. Pgs. 165-166

Ernst Ludwig kirchner. Torre roja en Halle, 1915.

En la ciudad sobre la que gobierna la Princesa Sanguinaria, todos los hombres, en alguna u otra ocasión, se enamoran de la Princesa, y se presentan en la corte para pedirla por esposa. Ella nunca dice que no, pero propone al hombre que la pide por esposa un acertijo: algunas 'veces es complicado, otras sencillo, casi un acertijo de escuela primaria. En cualquier caso, el galán cometerá indefectiblemente un error, tal vez un error irrelevante, pero que no escapará jamás a la Princesa, y el galán será ejecutado. Al día siguiente se presentará un nuevo candidato, y alcanzará la misma suerte. En realidad, la Princesa es mujer delicada, afectuosa, que no desearía nada mejor que casarse con un joven sin prosapia ni fortuna, y abandonar su terrible misión, ya que se trata de una misión que le ha sido impuesta. En efecto, la Princesa debe obedecer a un Rey Sanguinario, que le sugiere los acertijos, examina sus soluciones y le señala el inevitable error, y al mismo tiempo le ordena que proceda a ejecutar al temerario galán. Pero el Rey Sanguinario maldice a su vez su triste misión, y no desearía nada mejor que leer a los clásicos, viajar en busca de catedrales antiguas y libros olvidados por los hombres. No quisiera matar a nadie, y más de una vez llora junto a su querida Princesa, pero debe obedecer al Emperador Sanguinario.

Este convoca cada semana al Rey, y le pregunta cuántos han sido los ejecutados, y de qué manera; y cuando el Rey le describe la terrible suerte de aquellos jóvenes incautos, él escucha asintiendo, como si las cosas marcharan exactamente del modo que él desea, y al final se congratula con el Rey, que en el fondo de su corazón se mesa los cabellos y se maldice a sí mismo y al Emperador. En realidad el Emperador es un hombretón amante de la caza, de las buenas y opíparas comidas, del vino y de las canciones después de la cena; juega con perros y gatos, y procura ser generoso con los pobres; pero también él debe obedecer. Cada mes abandona su castillo y se dirige a las montañas, frente a una caverna a la que no se atreve a entrar; pero, inmóvil en el umbral, cuenta en voz alta cuánta gente ha sido muerta y dónde y cómo. Desde dentro le responde una voz con gruñidos y mugidos, y podría tratarse incluso de la voz de un dragón, o dd un volcán, o de un fantasma. Extrañamente, esa voz se convierte en una especie de murmullo, que tiene en sí algo de benévolo. Entonces el Emperador se envuelve en su manto, y se encamina nuevamente hacia el castillo, preguntándose a quién está obedeciendo, si es demonio o dios, o si aquel a,quien obedece es un demonio que obedece a un dios, o un dios esclavizado por el demonio.☐

CUARENTA Y OCHO

Giorgio Manganelli-*Centuria-Cien breves novelas-río* (1979). Ed. Anagrama, 1982.Traducción Joaquín Jordá. Pgs. 119-120

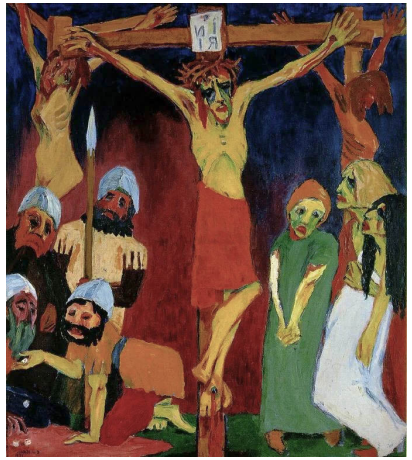
A partir del momento en que se ha dado cuenta de que es imposible dejar de estar en el centro del mundo, y que esto vale tanto para él, como para cualquier ser humano, o animal, o incluso piedra, o alga, o bacteria, ha debido aceptar que sólo existen dos únicas soluciones, en tanto que descripción del comportamiento a mantener en esa situación. O el centro del mundo es activo, y en tal caso el mundo, dotado y enriquecido de infinitos centros, será infinitamente activo; o deberá ser asediado por la 1::;>talidad del mundo; más exactamente, ser el punto de mira del mundo. Actualmente, él experimenta la segunda condición; sabe que es psicológicamente esférico, y que está en el centro de un gran número de rayos que, extrañamente, se concentran sobre él, y le atraviesan con sus puntas de luz. Advierte, en las cavidades desiertas del espacio, cómo se tensa sin manos un arco de imposible dureza, y lanza la flecha que le alcanzará con motivo de su sexagésimo aniversario. Intenta desplazarse, fluctuar, pero sabe que cualquier movimiento de su cuerpo esférico le convierte en blanco de otras constelaciones, astros ocultos por astros, nubes y animales. Sin embargo, más que cualquier estrella o niebla, le aterra la atención que hacia él dispensan continuamente la nada y el silencio. El no sabe dónde está la nada, y sospecha que está oculta dentro de él; en tal caso, sería el blanco de una herida interna, una herida tal que su esfera no podría dominar, si bien no sepa qué significa esta conclusión; en cuanto al silencio, está dado, y eso sí que lo ha entendido perfectamente, por la supresión de todas las voces, y de la totalidad de las voces que pudieran dirigirse a él de manera definitiva, hiriéndole, y esto es lo más horrible, sin ninguna arma. En cualquier punto donde exista silencio, está oculta una voz; y esa voz le piensa, le examina, le escruta. Si se alían la nada y el silencio, si se pasan información con gestos que él no consigue captar, ¿qué será de él? Oh, no teme la jabalina arrojada por el centauro el día de su nacimiento, y que ahora le alcanza; no se defiende de la cansada lanza que recorre el mundo con voluntad de herirle; pero lo que le preocupa es no poder ya distinguir entre sí mismo dolor, inutilidad, muerte, y entre sí mismo centro del mundo.☐

TREINTA Y SEIS

Giorgio Manganelli-*Centuria-Cien breves novelas-río* (1979). Ed. Anagrama, 1982.Traducción Joaquín Jordá. Pgs. 75-76

El arquitecto al que se había confiado unánimemente la tarea de construir la nueva iglesia no es creyente. Es tolerante hacia la comunidad eclesiástica, hacia el clero; menos hacia los fieles; en cualquier caso, no es un perseguidor. Sin embargo, está absolutamente convencido de que Dios no existe, y, por consiguiente, que los sacerdotes ejecutan ceremonias desprovistas de sentido objetivo, cuya única función es la de distraer tanto a ellos como a los fieles de la conciencia de la inexistencia de Dios. El arquitecto sabe que las palabras «espíritu, alma, pecado, redención, virtud» carecen de todo significado, y, no obstante, no puede negar que entiende su sentido, al menos en la medida que le permite hablar con los clientes de la nueva iglesia. Es un buen arquitecto, sobrio e imaginativo : ha construido escuelas definidas como «llenas de luz», hospitales «serenos y acogedores», un delicado asilo de ancianos, estaciones ferroviarias fun-

cionales; un barrio entero, que es el orgullo de la ciudad que se lo ha confiado. Ahora, por vez primera, tiene que construir un edificio que él considera totalmente inútil, incluso engañoso en la misma medida en que sea una buena obra. El arquitecto tiene una correcta conciencia profesional. En último término, construir una iglesia significa únicamente construir un edificio con un destino concreto, especificado por sus clientes. Ahora bien, sus clientes cultivan unas convicciones que él no sólo considera insensatas, sino inmorales; si le confiaran la construcción de un patíbulo, ¿aceptaría sin vacilar? Pero ¿una iglesia es un patíbulo? En cierto sentido, sí; es un lugar proyectado como estación de paso hacia la nada. Los clientes quieren eso de él: que les adorne el lugar de paso. En esto no sería diferente de los propios sacerdotes, que adornan esa nada y la ocultan tras los velos de su fantasía ceremonial. ¿Así que le sugieren que se haga sacerdote? Podría ser un sacerdote de la nada, un adornador que no oculta, no esconde, no elude. ¿Esa iglesia es un lugar falso, o un lugar engañoso pero verdadero? ¿Existe otro itinerario para entrar en la nada? «Adorna la nada, construye la nada, danos una nada eterna», les obliga a decir a los sacerdotes. Toca con la mano la hierba desguarnecida del terreno desierto, la hierba a extirpar para dar lugar a su edificio, y piensa, a un tiempo, en el altar, en los sacerdotes, en la hierba, en la nada.☐



Emil Nolde: *La crucifixión*. 1911-1912.

NOVENTA Y SEIS

Giorgio Manganelli. *Centuria. Cien breves novelas-río* (1979). Ed. Anagrama. Barcelona 1982. Traducción Joaquín Jordá. Pgs. 195-196

Un señor ávido de sueños soñaba tanto, que, en la casa donde vivía, ninguna otra persona conseguía soñar, salvo durante las vacaciones, cuando el soñador se iba al mar o a la montaña. Era una situación irritante e imposible, y los habitantes de la casa, todos ellos gente de buena extracción, profesores, duques, palaciegos, y un asesino a sueldo internacional, formularon, educadamente, sus protestas; el señor no respondió tan educadamente, y la cuestión comenzó a exasperarse. Ya nadie soñaba nada en aquella casa, y hasta en las casas próximas se soñaba poco y mal y sólo en blanco y negro; porque aquel señor soñaba siempre en color, y hacía experimentos en tres dimensiones. El pleito llegó a los tribunales, que reconocieron que el señor utilizaba ilegalmente los sueños ajenos, y que debía dejar de hacerlo, porque faltaba a las reglas de buena vecindad. Pero, naturalmente, no es fácil persuadir a alguien de que devuelva sus sueños, o no se apodere de unos sueños que no le pertenecen. El señor siguió soñando todos los sueños de la casa, y sólo el asesino internacional conseguía, de vez en cuando, tener un pequeño sueño estúpido.

Pero el ávido soñador no tardó en darse cuenta de que algo estaba cambiando; puesto que él soñaba todos los sueños de sus coinquilinos, y los coinquilinos estaban enfadados con él, y, de haber podido, soñarían sueños en los que él era una figura negativa, comenzó a soñar sueños en los que él, además de él mismo, también era otro él, odioso y brutal. Intentó expulsarle de los sueños, pero no lo consiguió. Y poco a poco comenzó a sufrir trastornos en el sueño, a estar nervioso, y comenzó a detestarse. Los sueños estaban llenos de peleas, y a menudo salía de ellos agotado, perseguido, psicológicamente roto. Enfermó. Perdió la salud. Se deprimió. Al final, decidió soñar menos, y sobre todo no soñar los sueños de los vecinos. En efecto, más de una vez se había sentido cohibido en un sueño del duque, y había salido con sudores fríos de un sueño del asesino internacional. Ahora todos los de la casa han vuelto a soñar. Se han producido gestos amistosos hacia el ávido soñador, pero éste se siente demasiado deprimido para acogerlos. Sus sueños no le bastan. Y ahora, en ocasiones, se le ve caminar por barrios miserables y malfamados, e intenta robar los sueños de gente de baja estofa, inculta; no son sueños hermosos, pero ahora ya está intoxicado de sueños, y se convertirá en ladrón, en atracador, para tener cada noche todos aquellos sueños, aunque no sean suyos, aunque sean feos e insensatos, los sueños que, amasijo monstruoso, le están consumiendo y llevando a la catástrofe.☐

TREINTA Y UNO

Giorgio Manganelli. *Centuria. Cien breves novelas-río* (1979). Ed. Anagrama. Barcelona 1982. Tradución Joaquín Jordá. Pgs. 65-66

Castelao. *Durmiendo*

Puestos a ser sinceros, este hombre no está haciendo absolutamente nada. Está ocioso. Yace tendido en la cama, se despereza, cambia de posición. Pasea por la casa. Se prepara un café. No, no se prepara un café. No, no pasea por la casa. Piensa en las cosas maravillosas que podría hacer, y siente un ligero malestar, que, sin embargo, resultaría exagerado llamar remordimiento. Simplemente, no hacer es un tipo de hacer a la que no está en absoluto acostumbrado. De ser un militar, piensa, uno de esos militares que sólo se sienten hombres cuando retumba el cañón, y hay una razonable probabilidad de morir o quedar mutilado, y en cualquier caso de metamorfosearse en monumento, debiera decir que no sólo me comporto como si el cañón no retumbara, sino casi como si se hubiera declarado la paz universal, conjuntamente con la destrucción de los monumentos. ¿Cómo se sentiría dicho militar? Un hombre inútil. Pero existe una diferencia fundamental: en efecto, ese militar sería verosímilmente desgraciado, y acabaría por entablar una pelea con un guardia urbano, que, por llevar un uniforme, sería susceptible de ser considerado un enemigo. Y, prosigue este hombre, yo no soy desgraciado. No, tampoco soy feliz, no soy tan desvergonzado. Y entonces me digo que me encanta, supongamos, mi cómoda: ahora bien, mi cómoda es un objeto feo y desvencijado, y si me encanta, quiere decir que lo trato como a un buen perro que no muerde a nadie y que no ensucia el suelo. También me gusta la lamparita, aunque sea una lámpara falsa y algo idiota. Adoro las zapatillas, que cumplen su oficio bastante limitado con una inefable pasión; jamás unos pies de dioses o de santas fueren mantenidos en tan afectuosa custodia. Ahora bien, no se puede pensar nada bueno de un tipo que confiesa que ama sus zapatillas. En efecto, intenta no pensar. Pero, a decir verdad, no lo consigue. No se puede decir, hablando con propiedad, que él piense, pero tiene la impresión de que, alguna parte, alguna zona suya ensordecida en general por otras partes, está pensando rapidísimamente, o formulando proyectos, o meditando cosas, cosas -quién sabe luego qué tipo de cosas-, nada serio, digamos, nada verdadero : pero con tanta habilidad y astucia y celeridad que le elimina cualquier posibilidad de sentirse culpable. Durante unas horas, su oficio sólo es el de escuchar el reloj. Pero ¿qué reloj? Ah, realmente no lo sabe. No, desde luego, el que lleva en la muñeca, y que ha medido desde siempre su trabajo. Es posible que un tictac procedente de alguna parte simule el pensamiento, y marque -por un instante le parece claro- horas que todavía no existen, que nunca han comenzado.☐

NOVENTA

Giorgio Manganelli. *Centuria. Cien breves novelas-río* (1979). Ed. Anagrama. Barcelona 1982. Traducción Joaquín Jordá. Pgs. 183-184

Foto André Kertesz. 1948

La ciudad es extremadamente pobre. Hace tiempo que sus habitantes han renunciado a modificar su propia condición, y viven una vida solitaria, cerrada, taciturna. Lentamente, la población disminuye, no ya porque alguno emigre -a nadie se le ocurre ir a «hacer fortuna», como se dice- sino porque los muertos no son sustituidos; si nace un niño, cosa que es muy rara, es ofrecido a las ciudades vecinas, donde se encuentra alguien que lo adopta. Las casas son viejas y están construidas con material que ya comienza a revelar los indicios de una continua y desde hace poco tiempo acelerada decadencia. No existen reales y auténticos trabajos, sino, de vez en cuando, a un cierto número de habitantes se le ordena transportar algunas piedras -tres, cinco- de una calle a otra. Si hay cinco piedras, acuden diez ciudadanos, y cada uno de ellos efectúa la mitad del recorrido; son pagados con monedas desgastadas, ilegibles, que no tienen curso en ninguna ciudad. No pocas veces las pierden, ya que en la ciudad no hay nada para comprar. Viven del miserable producto de los huertos cultivados por gente que no sabe y a la que no le gusta cultivar los huertos. Poseyendo esos huertos, nunca, o casi nunca, salen a la calle. Tienen la impresión de que, sea cual fuere el tiempo, está a punto de llover. No existen sastres, y las ropas se deterioran lentamente, pero dado que la utilización que se hace de ellas es mínima, bastarán hasta la total extinción de la. ciudad. El origen de tanta miseria es desconocido. Tal vez deba ser atribuido a unas desordenadas crisis religiosas, terminadas en una mortal desorientación. O bien a una red de contemporáneas desilusiones amorosas, que aisló a hombres y mujeres, y empujó a algunos a la soledad, y a otros a matrimonios sin deseo y sin amor. En esta ciudad hace años que nadie se enamora, y aunque, en las largas horas vacías, se lean libros de amor, la cosa es considerada como un juego deshonesto. Al comienzo acudieron a visitar la ciudad equipos de estudio, para entender el mecanismo de tan increíble miseria. Fue enviado un circo que durante dos días actuó, gratuitamente, en la plaza de la ciudad. Acudió un solo hombre, un sordo que tenía la impresión de que se trataba de una cerernonia fúnebre-religiosa. Los restantes ciudadanos permanecieron encerrados en sus casas, sufriendo intensamente por aquellos fragores lujosos. No puede decirse que esperen su propio fin y el de la ciudad; saben oscuramente que ellos son el final.☐

Monólogo del muerto

Giorgio Manganelli. Publicado en *Relatos inéditos.* Ed El cuenco de plata, 2019

El triunfo de la Muerte, de Pieter Bruegel el Viejo

¡Eh! ¡Qué golpe! Bueno, debo decir que podía haberme ido peor; sólo una contusión aquí, y ni siquiera me duele, apenas –no, nada grave–. Y qué silencio ahora: parece que dejaron de disparar. Podía haber ido peor, mucho peor. Ah, eso es: no creía que fuese tan simple. El golpe ya no me duele, pero igual me dieron. Y quedé seco. Muerto. Es curioso: lo digo: me mataron. Y sí, me mataron. Qué silencio; ahora disparan allá arriba, no, no oigo nada, pero se ven los rastros blancos de los disparos. Qué extraño, y nosotros vaya uno a saber qué creemos que sea morir. Simple, muy simple, de verdad; ¿y quién no podría imaginarlo? ¿Cómo te la imaginabas? Ya sé, los ángeles, los santos, Dios, María, el tribunal celestial y todo eso. Ahora estoy muerto, así de simple, y no pasa nada. Sin embargo algo puede pasar de un momento a otro. Creo que es así. Estoy en el más allá, por lo tanto el más allá existe. Por lo tanto existe todo el resto: el tribunal, el paraíso, el infierno, el purgatorio. Imagino que sólo es cuestión de tiempo; debe de haber tantos muertos, a lo mejor hay un embotellamiento, pero luego vendrán a buscarme. ¿Y qué dirás, eh, Francisco? ¿Qué dirás?

Nada, esperaré a que ellos me pregunten. Callaré, trataré de callar; después de todo, este asunto no lo busqué yo. Me decían cuando era chico que los muertos de guerra van al paraíso. ¡Figúrate! ¿Por qué no?

Pero veamos un poco: cuando venga el ángel a decirme ven, te toca a ti, ¿yo qué haré? Sentémonos aquí. Aquí estoy, yo, Francisco. Bello no, nunca fui bello, pero cierta gracia tenía aquel cuerpo flaco. ¿Cuánto durará la putrefacción? Una lástima. No, no pensar en eso; ahora no hay que tener pensamientos malignos, nos jugamos la vida entera, ¿no es así? Bien, Señor, te diré, no soy un santo, pero conocí gente peor que yo –me parece el tono apropiado, humildad, bondad, confianza; sí, es cierto, andaba con mujeres–, pero Señor, ¿a cuántos muertos de veinticinco años debes juzgar?; eso es, apelar al sentimiento, el muerto joven, bien, bien. Y andaba con mujeres, pero sabes que nunca me metí en líos con ninguna –no, mejor dejémoslo–. Nunca fui violento con una mujer, ni siquiera cuando bebía. Sí, bebía, pero la guerra, los amigos, el cansancio, Señor, ¿crees que vivir es fácil? ¿Siempre llevando encima el miedo a la muerte? Decirlo es fácil: la muerte; pero tú, Señor, siempre has sabido lo que era; sí, a nosotros también nos contaron muchas cosas, ¿pero quién podía darlas por ciertas? No, no, no era fácil. Entonces se bebía, se miraban mujeres, se trataba de hacer esas cosas –¿qué se supone que se haga en guerra? Claro, dirá él, porque antes de la guerra no andabas con mujeres... Siempre con prostitutas. Señor, nada más; es cierto, no digo que fuese un asunto limpio, pero en el fondo tampoco estaba tan claro que era un asunto sucio. No tenía tiempo de pensar en ciertas cosas. Eso es. Veinticinco años son demasiado pocos.

Nunca robé, nunca golpeé a alguien más débil que yo, y antes de la guerra nunca maté. Tú sabes que hay gente peor que yo; no voy a dar nombres, no te hacen falta, pero creo que sabes en quienes pienso... Si maldecía, también rezaba; y aquí, en la guerra, aprendí a decir letanías. Las decía porque tenía miedo, pero hay quien por miedo maldice. Yo maldecía poco, poquísimo, casi nada. No, no soy malo; al contrario, si te lo puedo decir, creo que soy casi

bueno –casi, se sabe–, ¿pero te acuerdas?... no, tú estas cosas las sabes, y además sé que no debo hablar de mí. Está el ángel para defenderme, ¿no? ¿Qué ángel? Quién sabe, a lo mejor pasó de largo. Aquí ángeles no hay. Tampoco había ninguno cuando me la dieron de ese modo. Qué silencio. A lo mejor a los tipos como yo, a los pecadores de medio pelo, los dejan para lo último. Mirada experimentada: a éste nos lo sacamos de encima enseguida. Mejor dejarlo para el final. Primero les toca a los generales, ¿no? Creo que sí. Pero algo podrían decirme: mandar un ángel a decirme algo, tipo eh, tú, Francisco, espera ahí, vuelve a pasar en un par de horas. Imagino que no sería prudente irme de aquí; podrían, Dios me libre, no encontrarme más. Sería algo terrible. No, no Señor, yo no me muevo. ¿De ese modo te resultará fácil encontrar a tu servidor indigno, no?

A lo mejor no se hacen esperar mucho. ¿No habrá algún modo de llamarlos? ¿Y si no se hubiesen dado cuenta...? Tonterías, acá saben todo. Es cuestión de paciencia. Ya vendrán. Qué silencio. Desde aquí hasta esa casa hay trescientos metros; pero seguro que allí no hay nadie. Es aburrido estar aquí. ¿Quién lo habría dicho? Los muertos se aburren. Estar muerto parecía una situación tan excitante... Qué aburrimiento.

¿Y si quieren castigarme por las cosas que he callado? Ellos saben todo, naturalmente. Está bien, a lo mejor no soy tan bueno, Señor, sí, hubo algún asunto que me pesa, esa chica de la otra noche. Pero yo soy un miserable que tiene miedo de la muerte, ¿quién puede entender algo cuando tiene miedo? Dios mío, Dios mío, no debí haberlo hecho, lo sé, pero estaba borracho. Y después el prisionero... lo maté porque tenía miedo de él. Lo hacen todos –¿yo seré el único condenado por eso? Pero después de todo no es mucho, ¿no es cierto? Hay quien hace cosas peores, ¿no es cierto? ¿Por qué no dices nada? Sé que debo ir al purgatorio, ¿por qué no me dices enseguida por cuánto tiempo debo ir? ¿Por veinte años, por un siglo?

¿Por qué no hablas? Qué silencio, qué silencio. Casi es de noche. ¿Me dejarán aquí hasta mañana? ¿Con éste aquí, tan cerca? A lo mejor, si pudiera silbar me calmaría. O cantar. O contarme una historia. ¿Ningún ángel para Francisco? Ya es tarde. Estoy muerto desde hace algunas horas. Sí, hice más cosas; lo sabes, violé, practiqué la sodomía, maté tres veces inútilmente, no le hice asco a nada, a nada, soy lujurioso, borracho, he deseado incluso a mi hermana, maldíceme, maldíceme, maldíceme, pero haz ruido, golpéame, maldíceme, no me dejes aquí así. Eso es, tal vez no basta: ¡yo te maldigo, te insulto, te escupo, Dios creador! Has oído. Te maldije.

Si volviera a la vida haría otra cosa que no he podido hacer; ¡soy un delincuente, Dios! ¿Por qué no me maldices? ¿Quieres que siga haciendo maldades? Dame un poco de vida y verás. ¡Pero habla, despierta, marmota; llámame!

Nada, nada. Qué cosa más divertida este silencio. Da miedo. No se entiende. Quisiera morir –pero claro, ¡qué tontería!☐

Un par de pantuflas

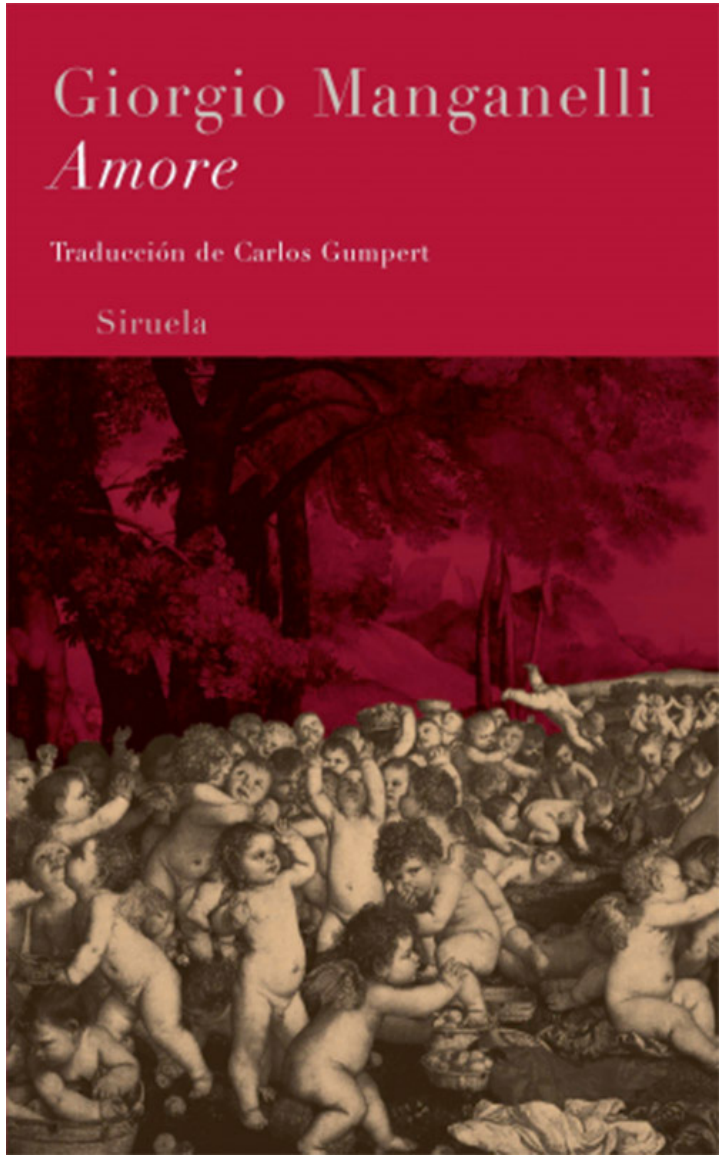
Giorgio Manganelli. Publicado en *Relatos inéditos.* Ed El cuenco de plata, 2019

Míralas: de ningún modo podrías decir que son excepcionales, o singulares, o incluso solamente bellas; son, justamente, pantuflas de hombre, hechas para calzar un pie que, para ser de hombre, es pequeño. Color cuero, sin taco; tienen perfil de zapatillas. Algunas veces ella se las pone, pero no le van cómodas; el pie de ella es más pequeño. De modo que aún están nuevas. Desde hace dos años siguen envueltas en su papel en la caja; hoy las sacó para que se las pruebe el hombre con el que está ahora, pero él es grande, no le entran. Y riendo, ella se las puso, anduvo un rato con ellas por la habitación. Fueron compradas para el otro, pero justo en esos días terminó todo; una vieja intriga de la amante salió a la luz, cuenta con cierta agitación, y con una amiga de ella; hubo palabras amargas, pero no muchas; pedidos de perdón, pero no creíbles, y también despreciables; insistencias, pero tardías. “Y yo lo amaba tanto”, dice la mujer, envuelta en esa bata de noche, apenas anudada al cuerpo grande y lento. “Yo le hacía todo”, continúa, y con lentitud de mucama recuerda las camisas lavadas, el café al amanecer, la diligente elaboración de las comidas. “Después de todo lo que hice por él”, continúa, orgullosa, pero su voz tiene una risa grasosa, la ficción de su nobleza no es creíble, pero es noble, y ella cree que le sienta bien, como un vestido de singular inventiva o de antiguo decoro; pero sobre ese cuerpo se desbarata, para ella sólo hay vestidos duros, imposibles de amar, sin estilo. Pero esa intriga fue una suerte, una verdadera suerte que la hizo atravesar indemne y orgullosa una situación ingrata; salió de ella torpemente “vestida”, como ella suele vestirse, pero salió.

De aquellos días de lágrimas, de furores ficticios, de nobles y silenciosos desdenes, quedaron las pantuflas: las había comprado para él; pero ahora no se ofende haciendo que se las pruebe este otro, este hombre gordo al que ella no ama, que no la ama, pero sólo se lamenta de que no le calcen; podría regalárselas. Heterogénesis de los fines. Toca las pantuflas, las mira y ríe de esa historia graciosa; las pantuflas compradas para el hombre que le hizo perder la virginidad, inútiles, ineficientes, demasiado grandes para ella, pero pequeñas para él; ni siquiera se las pudo poner para ir al baño. Su risotada breve y grasienta subraya el lado gracioso de la historia: esas pantuflas recuerdan, pero torpemente, un lazo en su vida. Fueron un último gesto amoroso, aunque de un amor ya consumido y deshecho; esas pantuflas verdaderamente nacieron de una vocación errada, que de ningún modo podrá volver a ser enderezada. Son la prueba de una locura, de un error... Si hubiese esperado dos días se habría ahorrado dos mil liras –no son grandes pantuflas, mejor dicho, no valen nada–, dos días antes se las habría dado, y habría conseguido un abrazo lleno de remordimiento –¿y qué sentido tendrían ahora en la vida del otro? Así, ahora, no tienen sentido; son ridículas, obscenas, su presencia avergüenza a ese otro, hacen reír; pero en fin, esa inutilidad las defiende, su erróneo destino las vuelve trágicas, obstinadas, absurdas. Su disposición inutilizable se convirtió en su estilo. “Tirarlas sería un pecado”; hay allí un sobreentendido lascivo, a lo mejor a alguien le servirían. “Mi sobrino es aún muy pequeño”. Ese hombre gordo y presuroso que está en la cama mira las pantuflas con verguenza; qué inquietante es la presencia de objetos con una vocación tan sólida y suicida, en esa habitación cálida y desordenada; ese rojo del cuero, que resiste, empecinado, sin sonrisa y sin ira, en el centro del cuarto, sobre la fría baldosa exagonal, mientras él, inesperadamente, sin ira, sin verguenza, pero con odio, busca los zapatos, las medias, sin escuchar ya a la mujer que habla, sin defenderse ya de las ternuras del dialecto.☐

Amore-texto de la editorial Siruela

Giorgio Manganelli. Editorial Siruela. Madrid, 2008. Traducción de Carlos Gumper.



De Giorgio Manganelli dice Roberto Calasso que es "un impresionante virtuoso de la lengua", una especie de excepcional escritor barroco, un inventor de mundos de los más bizarros que aparecen en sus novelas, y al mismo tiempo un crítico agudísimo, el autor de un libro titulado *La literatura como mentira*, donde pone de manifiesto su notable capacidad crítica y neovanguardista. La editorial Adelphi de Milán ha publicado en los últimos años toda su obra, lo que constituye uno de los mayores orgullos de Calasso.

El raro escritor Manganelli comenzó en 1953 escribiendo críticas, a veces sobre escritores imaginarios. Su consagración en Italia como escritor se inicia ya con el primer libro, *Hilarotragoedia*, a los cuarenta años, al haber tomado contacto con la enfermedad y la locura, según se sabe hoy. Pero sólo tras el premio Viareggio, conseguido 1979 por su *Centuria*, se tradujo al alemán y al castellano. Desde entonces se le ha considerado como un verdadero e inclasificable creador del siglo XX.

Manganelli desarrolló una prosa barroca y riquísima, difícil pero rigurosa y absorbente. Por ello se dice que el protagonista de sus obras de ficción es ante todo el propio lenguaje. Estilista implacable y de una imaginación desbordante, se le ha comparado en ocasiones con Italo Calvino, que fue su mentor e impulsor, Borges o Samuel Beckett, si bien su modo de hacer es totalmente "Manganelli".

La confusión viscosa entre los órdenes de la realidad y la ficción, las parodias semi-teológicas sobre los muertos y el Infierno, y la escritura como creación de mundos son algunos de los temas que trató de forma recurrente.

Junto con Umberto Eco, Edoardo Sanguinetti y otros es una de las principales figuras surgidas de la Neoavanguardia y el Gruppo 63, corrientes literarias italianas de la segunda mitad del siglo XX.

Tradujo, sobre todo, a Poe. Fue un gran viajero, y llegó a China, India, Malasia. Murió en 1990, en Roma, ciudad que era la suya desde hacía mucho (1953). Dejaba sobre su mesa de trabajo el manuscrito de *La ciénaga definitiva*, una de sus mejores y más desesperanzadas obras, que se publicó de manera póstuma.

«Amor, creo necesario nombrarte, más exactamente pronunciar tu definición, tu cometido, puesto que de ti ignoro nombre y existencia. Así pues, yo te nombro: un dedo fónico te señala en el centro de la noche. No rememoro tiempos en que no fuera de noche, de manera que no he tenido jamás forma distinta para señalarte que no fuera este distraído y atento juego de una mano que no diviso. Esto, a ti que no puedes escuchar, quisiera decirte: tengo que marcharme, al punto, en esta noche que en todo instante está igualmente lejos del alba y del ocaso; camino y hablo quedamente, rechina bajo mis pasos la madera del pórtico, escucho el fragor del bosque. Bajo la luminiscencia de nubes bajas, de nieblas, intento escribir una carta que no irá a parar a ti jamás.»

El amor, para Manganelli, más que un sentimiento, es un continente de ausencias, de lejanías, de despedidas, de desolación. Como él mismo dice: «No negaremos que esta jamás historia de amarnos, perseguirnos, negarnos, no pudiendo en modo alguno conseguirnos, es cuita, tormento, postración. […] En este bosque de amor tu ausencia ecuánimemente distribuida desata el furor, la postrada devoción, el llanto».

"... en la sólida fortaleza de tu reposo, en la ciudad antigua de tus sueños, allá donde ninguna carta te será jamás entregada, yo creo que tú sabes que, al igual que tú me ofreces un «aquí» inasible y no desleal pese a todo, así parto yo, no para perderte sino para buscarte; ya que en estos enigmas, juegos de palabras, palíndromos, desamores y amores, anfibologías de encuentros y simetrías de fantaseados abrazos, yo debo huir para buscarte, debo abandonarte para conseguirte, y darte la espalda para sorprender tu rostro. Esto sé yo: cuanto más cerca de ti permanezca, cuanto más acepte estos falaces y volubles mapas de la casa en la que podría encontrarte, más oculta, incomprensible, inexistente me estarás. He imaginado en ocasiones que recorría atropelladamente, con antorchas y espadas, esta casa, para hacerla añicos y entregarla a las llamas; y nadie me hubiera retenido. Pero, en tal caso, ¿habrías sido alguna vez algo distinto a los escombros frágiles y fugaces de una casa diseminada por un viento inocuo, pueril? Si te busco, te pierdo; si demuelo lo que me separa de ti, todo aquello que demuelo forma parte de ti; eres tú; me propones un abrazo de escombros.

Al perderte, te busco; si me marcho, me vuelvo peregrino, reconociendo que de todos los rasgos de tu rostro, de tu cuerpo, éste, la lejanía, es el que me permite reconocerte por doquier; y en eso eres tú desemejante a cualquier otro.

Por lo tanto, no te diré «adiós», palabra que a su insoportable oratoria une una aguda, penosa deslealtad.

Y con todo, sé que hay algo de verdad en esta despedida de encuentro, ya que las extravagancias del tiempo, los balbuceos de los lugares, las velocidades y las subitáneas paradas de las estrellas podrán, en cualquier momento, acercarnos y desunirnos. ¿Estaremos pues innúmeras veces cercanos e invisibles, seré contemplado y transparente, llamado y sordo, nombrado y anónimo por consueta y firme soledad? Chocaré contigo y me disculparé, distraídamente, mirando hacia otro lado; y no reconoceré tu voz que me pregunta «¿Lloverá esta noche?». Esto puedo suponer asimismo: que viajaré contigo, y también que ese viaje tiene un término que podría estar a tiro de piedra de su comienzo.

Por lo tanto, amor, me marcho. En el momento en el que me aplico al itinerario de la salida, y tanteo la fórmula del adiós, es posible que tus sueños, lejanos y lentos, se vean invadidos por un variopinto estrépito de caballos, gente armada, enseñas perdidas, sangre. La sombra arrollada, desgarrada que tú dudosamente vislumbras es aquel que, amándote, persigue el descalabro, feliz ante la catástrofe, y que hace de la deserción una huida, de la silueta asaetada a muerte, el furor de un pendón.

Dejo a mis espaldas una batalla feroz y estridente, con ignotos enemigos, o a quienes sólo yo he consagrado como enemigos, con el objeto de arrebatarles una derrota. El suplicio padecido devasta, dibuja mi cuerpo. La fuga genera, retrospectivamente, todos los síntomas liberadores del descalabro. He rechazado la tentación de la victoria y buscado meticulosamente la muerte, la dispersión de mis miembros. Desmañado, aunque pedante, combatiente, he perdido escudo, armadura, lanza. He experimentado la muerte, he escogido el deshonor...".☐